

2006

Figuras femeninas en *La virgen delos sicarios* de Fernando Vallejo y *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos

Lucía Garavito

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Garavito, Lucía (Primavera-Otoño 2006) "Figuras femeninas en *La virgen delos sicarios* de Fernando Vallejo y *Rosario Tijeras* de Jorge Franco Ramos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 63, Article 3.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss63/3>

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**FIGURAS FEMENINAS EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS
DE FERNANDO VALLEJO Y
ROSARIO TIJERAS DE JORGE FRANCO RAMOS**

Lucía Garavito
Kansas State University

The changing faces of divine figures over the last 600 years lead us to changes in the societies that meet them.

William Christian

El mito llega en auxilio de la vida. Más exactamente, de lo cotidiano. Le da el sentido de la inmensidad.

Jacqueline Kelen

Si bien Colombia tiene fama mundial por haber sufrido diversos periodos de violencia brutal a lo largo de su historia, las últimas décadas han sido particularmente sangrientas para el país. A las masacres de campesinos y líderes políticos y sindicales a manos de los diversos frentes guerrilleros, grupos paramilitares y el ejército (la llamada guerra sucia), a los ataques contra indigentes, gamines, homosexuales y prostitutas (la llamada “limpieza social”), a los atracos, secuestros y asesinatos por parte de los grupos armados o de la delincuencia común, ha venido a sumarse la violencia originada por la actividad del narcotráfico que ha afectado zonas rurales y urbanas, y todas las instituciones de la nación.

Son numerosos los estudios de organismos, universidades, periodistas e investigadores locales y extranjeros interesados en analizar las múltiples facetas de la crisis de violencia que afecta el país. La Fundación Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), la Corporación Región de Medellín, Justicia y Paz, y la Defensoría del Pueblo, para mencionar sólo

algunos, están dedicados a indagar en la problemática de la violencia en Colombia. Una de las investigaciones más esclarecedoras en esta dirección es *Colombia, un país por construir: problemas y retos presentes y futuros* preparado por un equipo de profesores de la Universidad Nacional de Bogotá y cuya primera etapa se dio a conocer en julio de 2000. Este proyecto investigativo busca establecer una articulación permanente entre la universidad, la sociedad y el Estado frente a los principales problemas nacionales para promover desde el ámbito universitario un debate que contribuya a proponer soluciones institucionales y a construir colectivamente un proyecto de nación (11). Identifica la violencia como uno de los treinta problemas estructurales que requieren atención inmediata puesto que se ha convertido en una forma de vida para muchos colombianos. El estudio señala que esta violencia: “Tiene sus raíces en la inconformidad general derivada de la exclusión a la que ha sido sometida la mayoría de la población” (12), exclusión de carácter sistemático que se ha hecho patente en los planos político, económico, educativo, de salud, laboral, social y cultural y que responde a la incapacidad de la clase dirigente para diseñar y concertar objetivos a largo plazo que incorporen y beneficien a la ciudadanía.

La producción narrativa, teatral y fílmica de las últimas décadas en Colombia evidencia la aparición de textos que exploran estas temáticas de marginación y violencia. Por una parte, la novela, el cuento y el drama han respondido a la política de exclusión generada por el Estado con diversas estrategias de integración de los grupos subordinados en razón de clase, género o etnia. Se da así origen a un discurso cultural plurivalente que pretende resistir la repetición de desigualdades ya institucionalizadas y dar voz y visibilidad a comunidades periféricas, desestabilizando simbólicamente los principios tradicionales que han servido de fundamento a la nación. Por otra parte, hay un corpus creciente de material literario enfocado en los perpetradores y víctimas de los asesinatos, secuestros, desapariciones y actos de terrorismo que conforman la vida diaria de los colombianos. En el artículo “La violencia, ¿generadora de una tradición literaria?” Augusto Escobar Meza incluye 57 escritores que en las últimas dos décadas han publicado más de setenta novelas y cuentos enfocados en la violencia en Colombia, llegando a conformar un movimiento sin precedentes literarios¹. *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, publicada en 1994, y *Rosario Tijeras*, de Jorge Franco Ramos, publicada en 1999 han llegado a destacarse como dos de las novelas más logradas dentro de la llamada tendencia “sicaresca” de la narrativa de la violencia.² Dentro de esta tendencia el antihéroe es el sicario, versión modificada y aterradoramente violenta del pícaro. La periodista Sylvia Duzán —que murió precisamente asesinada por uno de ellos— lo define como el “muchacho común, de extracción media baja y baja, que convive con los demás en la cuadra o en la escuela, que aún se prende a las faldas de la mamá y que es demasiado joven para clasificar

como sujeto penal... ni siquiera es el peor—el más malo, el más degenerado— sino muchas veces el mejor: por valiente, por carismático o por bello. Pero que ha adquirido un vicio rudo: le gusta matar” (Duzán, Salazar, Sánchez 27). Como profesional del crimen vende sus servicios al individuo u organización que solicite la eliminación de competidores, soplones, incumplidos, violadores de códigos de negocios, o se encarga de ejercer justicia por cuenta propia contra cualquier persona que represente una amenaza real o figurada para su persona, familia o comunidad.

La Virgen de los sicarios es una mirada brutal y participatoria de esta praxis de la violencia³. Las 121 páginas del texto son un recorrido sangriento del narrador (llamado también Fernando Vallejo) y sus dos amantes sicarios (Alexis y Wilmar), que en una especie de *killings spree* transitan por las calles, parques, cafeterías, almacenes, comunas, zonas baldías y anfiteatros del Medellín visible e invisible donde los habitantes tienen una cita diaria con la Muerte. Como resultado de este viaje psicológico y geográfico en el que contrastan y se interrelacionan el Medellín de la memoria y el del presente, queda al descubierto de manera inexorable e irreverente la profunda degeneración social, moral, religiosa, económica y política en que está sumido el país.

Rosario Tijeras se mueve dentro de un ámbito más íntimo aunque igualmente marcado por la secuela destructiva del sicariato a nivel personal y colectivo⁴. La simbiosis de Eros y Thanatos es también aquí un componente esencial del argumento: el enfoque recae en un triángulo amoroso entre el narrador, Antonio, un joven de familia acomodada y tradicional de Medellín, su amigo Emilio que pertenece al mismo círculo social, económico y cultural, y Rosario Tijeras, sicaria de las comunas, novia de Emilio pero a quien el narrador ama y desea en silencio. Su amor por Rosario lleva a los dos muchachos a presenciar y a veces a ser cómplices del proceso de destrucción y autodestrucción de la joven, de sus misteriosas desapariciones en manos de los grandes capos y de sus venganzas, resentimientos, frustraciones y sufrimientos. La mirada retrospectiva de Antonio cubre eventos definidores de la vida y relaciones de Rosario una madrugada mientras ella se debate entre la vida y la muerte en la sala de cirugía de un hospital.

Las dos novelas son una indagación en el mundo violento del sicariato que subvierte y aniquila la Colombia oficial, elitista, conservadora, hegemónica, visible, y la suplanta por la Colombia periférica, ignorada, habitada por los llamados despectivamente “desechables” y los que operan al margen de la ley. En ambas, una relación sentimental sirve de vínculo para que personajes de clases privilegiadas entren en contacto directo con una realidad puesta en primera plana diariamente por los reportajes alarmantes de noticieros y periódicos pero no experimentada individualmente en su terrible complejidad.

No deja de sorprender que en estas novelas cuyo referente es el mundo del sicariato con su sólida estructura de poder patriarcal a nivel cultural, social y económico el enfoque de los títulos recaiga precisamente en dos figuras femeninas, la Virgen (María Auxiliadora) y Rosario Tijeras. ¿Cuál es la función de estas figuras femeninas en las respectivas novelas y en qué forma difieren de representaciones tradicionales de lo femenino tanto dentro del contexto colombiano como del contexto mundial? Para explorar posibles respuestas a los interrogantes planteados conviene partir del arquetipo de la Madre definido por Carl Jung:

The qualities associated with it are maternal solicitude and sympathy; the magic authority of the female; the wisdom and spiritual exaltation that transcend reason; any helpful instinct or impulse; all that is benign, all that cherishes and sustains, that fosters growth and fertility. The place of magic transformation and rebirth, together with the underworld and its inhabitants are presided over by the Mother. On the negative side the mother archetype may connote anything secret, hidden, dark; the abyss, the world of the dead, anything that devours, seduces, and poisons, that is terrifying and inescapable like fate. (82)

Mientras que la Buena Madre ha encarnado selectivamente en el mundo occidental cristiano en la Virgen María y sus múltiples advocaciones, compendio de los aspectos más sublimes de lo femenino que la convierten en madre de la humanidad e intercesora por excelencia entre Dios y los hombres, la fuerza destructora de la Madre Terrible excluida de esta visión religiosa se encuentra presente en diversas mitologías dentro de las cuales cabe destacar la mitología hindú. En ella Kali, la diosa de la transformación con su poder dual de creación y destrucción, mejor conocida como la “Madre Oscura”, “la Destructora o Devoradora,” la “Diosa de la muerte” se representa como una figura fiera con diversos atributos entre los que sobresalen un rosario de calaveras alrededor de su cuello, una espada sangrienta en una de sus cuatro manos, una cabeza cercenada en otra y una lengua amenazante que cuelga de su boca abierta (Woodman y Dickson 14).

Las novelas de Vallejo y de Franco Ramos responden a estos arquetipos femeninos extremos de manera particular. *La Virgen de los sicarios* revela el desmantelamiento de los valores religiosos tradicionales bajo una nueva práctica ritual en la que se invierte la jerarquía de género a nivel de culto y se incorpora a la Virgen María Auxiliadora como cómplice en el negocio de la Muerte, presencia arrasadora omnipresente. En este contexto—y de manera paradójica— la apreciación y búsqueda de los favores celestiales de la Buena Madre corre paralela con la desvaloración del principio femenino entendido en su esencia como fuerza compasiva, protectora y preservadora de la vida. *Rosario Tijeras* destaca una dinámica complementaria: dentro de un marco de violencia patriarcal la figura mítica de Proserpina se convierte en vehículo mediante el cual se expresa el secuestro y abuso (la

“narcotización”) del aspecto vital del principio femenino; como resultado de este proceso se produce el ascenso y empoderamiento de la Madre Terrible (Kali) en la sociedad colombiana contemporánea, activada en el imaginario colectivo como expresión aniquiladora del sicariato.

El cambio en los patrones religiosos tradicionales en lo que va del ayer al ahora se plantea en *La Virgen de los sicarios* desde el comienzo del texto. La novela abre con una visión idílica de Sabaneta, un pueblito “silencioso y apacible” en las afueras de Medellín, región en la que transcurrió la infancia del narrador. Asociada con los recuerdos de la época, está la imagen del Sagrado Corazón:

¿Saben quién es? Nosotros teníamos uno en la sala de la casa de la calle del Perú de la ciudad de Medellín, capital de Antioquia; en la casa en donde yo nací, en la sala entronizado o sea (porque sé que no van a saber) bendecido un día por el cura. A él está consagrada Colombia, mi patria. El es Jesús y se está señalando el pecho con el dedo, y en el pecho abierto el corazón sangrando: goticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo: es la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos amén (7-8).

Esta imagen tradicional es desbancada un par de páginas más adelante— ya en el presente— por la de María Auxiliadora: “Cuando regresé a Colombia allí la encontré entronizada, presidiendo la iglesia desde el altar de la izquierda, haciendo milagros. Un tumulto llegaba los martes a Sabaneta de todos los barrios y rumbos de Medellín adonde la Virgen a rogar, a pedir, a pedir, a pedir que es lo que mejor saben hacer los pobres amén de parir hijos. Y entre esa romería tumultuosa los muchachos de la barriada, los sicarios” (10).

La oposición Sagrado Corazón/María Auxiliadora es representativa de otra serie de oposiciones que dividen el país. Al Sagrado Corazón corresponde la Colombia privilegiada, asociada con los individuos e instituciones conservadores que controlan el poder político, religioso y económico de la nación. Como lo anota Cecilia Henríquez en *Imperio y ocaso del Sagrado Corazón en Colombia*, su culto, de influencia francesa, data de la segunda mitad del siglo XIX cuando se instauró como una devoción de carácter netamente masculino. Desde entonces ha desempeñado un papel protagónico en el enfrentamiento político entre liberales y conservadores. Durante el periodo denominado “La violencia” (1948-1953), las manifestaciones masivas por el Corazón de Jesús se hicieron más frecuentes y multitudinarias dado que su papel fundamental en la historia tiene que ver con la paz del mundo más que con la adjudicación de milagros. Aunque la imagen como símbolo nacional ha sufrido ataques críticos constantes e inclusive ha sido reinterpretada de manera bastante irreverente, todavía perdura su valor para el Estado como referencia religiosa. (27, 133, 149, 165)

María Auxiliadora, por el contrario, se ubica en la Colombia marginada, invisible. La inclusión oficial de esta imagen al catolicismo data de 1814 y la comunidad de los salesianos ha tenido a su cargo la propagación de su devoción desde 1860. Su caracterización como “auxiliadora” define su misión: evitar males y peligros, y ayudar a conseguir la salvación. La inmensa popularidad de esta Virgen es un fenómeno reciente, restringido a la llamada subcultura de los sicarios y del narcotráfico⁵.

En *Alone of All her Sex: The Myth and the Cult of the Virgin Mary*, Maria Warner subraya el creciente protagonismo de la Virgen María dentro de la estructura patriarcal tradicional del catolicismo, posiblemente ligado al cuestionamiento espiritual feminista. Las peregrinaciones a los santuarios tradicionales de Lourdes, Fátima, Knock (Irlanda), Czestochowa (Polonia) y a los que han surgido más recientemente como el de Medjugorje (en la antigua Yugoslavia), han aumentado en forma tan espectacular que las últimas décadas del siglo XX se han denominado como la época de la peregrinación mariana por excelencia. Este resurgimiento ha creado cierto recelo en el seno de la iglesia católica puesto que está emparentado en su origen con ciertas prácticas paganas y pone la devoción a la Virgen en abierta competencia con el culto a Dios-Hijo. Dice Warner: “The great terror is that she will be worshiped above her son” ().

El desplazamiento del Sagrado Corazón como símbolo religioso masculino por María Auxiliadora como símbolo femenino hace que dicho temor se convierta en *fait accompli* en la práctica religiosa del sicario. Sin embargo la devoción a María Auxiliadora en este caso no parece obedecer a las causas señaladas por Warner y debe entenderse más bien dentro del contexto cultural antioqueño y la estructura familiar del sicario. Como lo señala Virginia Gutiérrez, en esta región del país “La mujer manda de puertas pa’dentro y el hombre de puertas para afuera. O sea que la responsabilidad de la administración familiar compete a la mujer y toda la actividad productiva laboral al hombre. La calle es de los hombres y la casa de las mujeres, dice el refrán paisa”. En consecuencia, conviven el patriarcado en las relaciones sociales públicas y el matriarcado en la esfera familiar. El papel central de la madre en las relaciones así establecidas ha cobrado creciente protagonismo en los estratos populares donde el madresolterismo, las madres cabeza de hogar y los padres ausentes han crecido vertiginosamente. En el discurso del sicario, la imagen sobredimensionada de la madre lo acompaña incondicionalmente y se convierte en la justificación real o simbólica de sus acciones delictuales (Salazar, Jaramillo 112, 116, 117). El sicario sabe que “lo único seguro en su vida es que su mamá lo quiere. Lo quiere con todo y los riesgos del pistolero de rueda suelta, el plomo y el dinero del contrato” (Duzán 120). Irónicamente, el cliché de la dignificación de la vida de la “cucha” es el objetivo primordial de su trabajo criminal: “Vive(n) en la casa materna y la

convierte(n) en la mejor de la cuadra: le arregla(n) la fachada, le construye(n) el segundo piso, la apera(n) de maxirradiograbadora, televisor en color y VHS.” (Duzán, Salazar, Sánchez 29). El sicario asume la responsabilidad completa de las necesidades materiales de la familia, llegando así a reemplazar al padre, figura deteriorada y completamente prescindible en su vida afectiva y económica. Como dice uno de ellos en una entrevista: “Madre no hay sino una, padre es cualquier hijueputa.” (Duzán, Salazar, Sánchez 30) En consecuencia, de la madre como apoyo incondicional del sicario a la entrega a la Virgen como imagen femenina maternal, benigna y protectora no hay sino un paso.

La devoción a María Auxiliadora se plantea en la novela como una práctica ritual inauténtica, fetichista, mercantil, en la que el sicario busca la complicidad de la Virgen para lograr el éxito “profesional” entendido como salir ileso del crimen y “coronar” (es decir, convertir en “muñeco,” asesinar, al individuo en cuestión). La religión del sicario no es, entonces, un código de conducta moral sino “una agencia de servicios que comunica el cielo con la tierra.” (*Hoy* 14) La distinción entre el poder directo que viene de Dios Padre o Dios Hijo, y el poder indirecto que viene de la Virgen como intercesora ante su Hijo, no existe para el sicario, que otorga autonomía completa a María en la adjudicación de favores y trata de comprárselos embelleciendo iglesias, altares e imágenes suyas.

La relación del narrador con sus amantes sicarios, Alexis primero y Wilmar después, lo pone en contacto con su ejercicio de esta religiosidad que incluye, por ejemplo, tomar parte en las multitudinarias peregrinaciones de los martes al santuario de Sabaneta, poner veladoras, rezarle a la estatua de la Virgen, y portar escapularios: “quedó desnudo con tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen” (16). La investigación sociológica en este campo agrega un detalle interesante: los escapularios deben ser “preferiblemente comprados en la cárcel Bellavista o heredados de un amigo que haya pagado cárcel” y menciona además, otras prácticas religiosas peculiares como “santiguarse al pasar frente a las iglesias o imágenes de la Virgen besándose la mano, dar el primer trago de aguardiente a las ánimas tirándolo al aire, pintar e iluminar con bombillas las imágenes de la Virgen en el barrio, poner imágenes suyas en los carros” (Salazar, Jaramillo 124) y calentar las balas en una cacerola para rezarlas y asegurar el éxito de la misión. La novela incluye la receta para las balas rezadas:

Las balas rezadas se preparan así: pónganse seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en una parrilla eléctrica. Espolvóreense luego en agua bendita obtenida de la pila de una iglesia, o suministrada, garantizada, por la parroquia de San Judas Tadeo, barrio de Castilla, comuna noroccidental. El agua, bendita o no, se vaporiza por el calor violento, y

mientras tanto va rezando el que las reza con la fe del carbonero: "Por la gracia de San Judas Tadeo (o el Señor Caído de Girardota o el Padre Arcila o el santo de su devoción) que estas balas de esta suerte consagradas den en el blanco sin fallar, y que no sufra el difunto. Amén" (63).

La asociación tradicional de la Virgen con la muerte se encuentra consagrada en la última frase del Ave María que dice "ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte". Se supone que María tiene jurisdicción sobre la muerte en el sentido de que el pecador arrepentido que se acoge a ella en este momento crítico asegura la salvación eterna. Al sicario, sin embargo, no le interesa el más allá, sino el más acá. No carga con la culpa del crimen cometido—que le pertenece a otro o que justifica—y no siente arrepentimiento. Mediante sus rezos busca favores mundanos y beneficios terrenales explícitos, incluyendo la supervivencia propia y la muerte ajena.

Además de la integración a la novela de rituales y objetos simbólicos asociados con la Virgen, los ángeles, arcángeles y querubines que en la iconografía católica acompañan a menudo a María tienen su correlato en los sicarios mismos del texto de Vallejo. Estas figuras celestiales corresponden a los dos amantes ya mencionados del narrador a quienes denomina no solamente "ángeles de la guarda", sino más apropiadamente, "ángeles exterminadores", fundiendo en ellos Eros y Thanatos. Ambos son jóvenes de extraordinaria belleza (el narrador los llama afectuosamente "niños") que evocan a los ángeles asexuados del catolicismo, con "una pureza incontaminada de mujeres" (19). Como ángeles de la guarda, acompañan al narrador a dondequiera que va. Lo protegen de molestias callejeras asesinando con tiros certeros a individuos "fastidiosos" como un taxista altanero, un vecino que pone música fuerte, o una empleada grosera de un restaurante. En cualquier momento asumen el papel de ángeles justicieros. A raíz de una disputa intrascendente en un parque entre un gamín y tres espectadores contra un policía inexperto: "sacó el Ángel Exterminador su espada de fuego, su 'tote', su 'fierro', su juguete y de un relámpago para cada uno en la frente los fulminó. ¿A los tres? No bobito, a los cuatro. Al gamincito también, claro que sí, por supuesto, no faltaba más hombre. [...] Sin alias, sin apellido, con su sólo nombre, Alexis era el Ángel Exterminador que había descendido sobre Medellín a acabar con su raza perversa" (55). El narrador dice haber perdido la cuenta de los asesinados por Alexis después de llegar a los cien (76). En esta cadena de muertes, termina un círculo y comienza otro cuando Alexis, es asesinado por Wilmar, que se convierte en segundo amante del narrador y muere a su vez asesinado al final de la novela. Curiosamente, en "La cultura de la muerte" se menciona a un individuo de 20 años llamado "El Ángel," jefe de las autodefensas de una de las comunas de Medellín, a quien se le atribuyen más de 300 muertes resultado de su espíritu justiciero (31).

En el contexto de la iconografía mariana resulta inevitable establecer una asociación entre los ángeles del sicariato y los ángeles arcabuceros de la escuela cuzqueña, tradición pictográfica típicamente andina de la cual no se conocen aún antecedentes europeos aunque sí se han establecido lazos entre la angelología barroca virreinal y múltiples fuentes renacentistas y barrocas. Los exóticos nombres de Zadkiel, Hadriel y Jofiel de esta tradición han sido reemplazados en el contexto colombiano por los no menos extravagantes de Alexis y Wilmar, o como menciona el narrador, “Tayson Alexander...o Faber o Eder o Rommel o Yeison o qué se yo. No sé de dónde los sacan o cómo se los inventan. Es lo único que [los pobres] les pueden dar para arrancar en esta mísera vida a sus niños, un vano, necio, nombre extranjero o inventado, ridículo, de relumbrón... Son los nombres de los sicarios manchados de sangre. Más rotundos que un tiro con su carga de odio” (8-9).

En vez del fastuoso vestido afrancesado de los ángeles arcabuceros hecho de finos brocados y seda según la moda cortesana de la época, complementado por listones y plumas (Mujica 257-8), los ángeles de Medellín llevan “tennis marca Reebok y unos jeans Paco Ravanne. Camisas Ocean Pacific y ropa interior Kelvin Klein” (91) además de bambas de oro (Duzán, Salazar, Sánchez 28). Mientras que los ángeles cuzqueños “son representados como soldados combatientes del Imperio Hispano portando banderas, tambores, trompetas, espadas, lanzas y arcabuces” y sus poses reproducen las posturas recomendadas por el manual militar *Ejercicio para las armas*, de Jacob de Gheyn (Mujica 257, 258), los sicarios llevan mini-Uzis e imitan a Rambo, Schwarzenegger y Chuck Norris (Duzán, Salazar, Sánchez 29-30). Los arcabuceros son mensajeros celestiales, guardianes custodios del imperio que inspiran temor divino, controlan los elementos naturales como el trueno, el rayo y el fuego y se consideran funciones más que personas propiamente dichas puesto que su razón de ser es constituir y vigilar el orden sagrado y castigar a los hombres que no cumplen con sus obligaciones religiosas o sociales (Mujica 269, 304, 305). De manera análoga, los ángeles del sicariato son mensajeros de otro orden. Cobran deudas ajenas o asumen la función de guardianes del bienestar comunitario en un mundo en descomposición. Como dice un sicario entrevistado: “Doctor, es que yo no quiebro sino faltones” indicando así que todo individuo por él ejecutado merece tal suerte (Gómez 97). El lenguaje religioso mediante el que se describen sus acciones en la novela de Vallejo resalta su relación con los arcabuceros: despiertan terror a su paso con su “lluvia de balines como rociada de agua bendita” (85); sus víctimas caen “religiosamente como se va rezando el rosario” o se van yendo “como avemarías del rosario” (62); sus disparos son “truenos” (71) y esgrimen sus armas como si se tratara de imponer un castigo sagrado: “Wilmar desenfundó su rayo de las tinieblas y le aplicó de limosna su pepita de eternidad...

Basuqueros, buseros, mendigos, policías, ladrones, médicos y abogados, evangélicos y católicos, niños y niñas, hombres y mujeres, públicas y privadas, de todo probó el Ángel, todos fueron cayendo fulminados por la su mano bendita, por la su espada de fuego” (103).

La filiación de arcabuceros y sicarios con la Virgen María se hace explícita visualmente. “En algunos casos de ángeles militares, éstos portan banderas de guerra con el monograma de María. En otras ocasiones la Virgen es representada armada en compañía de ángeles, en su advocación de *Turris Davidica* o de *Turris Eburnea*” (Mujica 262). Los sicarios, por otro lado, se hacen tatuajes de la Virgen con la frase “Dios y Madre” (Salazar, Jaramillo 124) para señalar su devoción mariana y asegurar su protección. En la novela se mencionan los escapularios de la Virgen que cuelgan sobre el pecho y que realzan la belleza de los amantes del narrador (94) o que sirven para identificar al autor de un asesinato como miembro del sicariato (79). Irónicamente son estos tatuajes o los escapularios que llevan a manera de armadura lo que facilita luego la identificación de los sicarios en la morgue. La Virgen Auxiliadora no les ha hecho el milagro de que logren vivir más de 22 años.

Mientras que el sicario se acoge al manto protector de María Auxiliadora (la Buena Madre) para que le garantice el éxito en su trabajo, paradójicamente su desempeño profesional como necrotraficante implica la desvaloración del principio femenino al buscar el exterminio indiscriminado de la población (niños, jóvenes, mujeres embarazadas, sin distinción de edad, sexo, clase social u ocupación)⁶. La Muerte, su mercancía, representa la necesidad de matar en oposición a la necesidad de procrear: “Mi señora Muerte pues, misía, mi doña, la paradójica, es la que aquí se necesita. Por eso anda toda ventidiada por Medellín día y noche en su afán haciendo lo que puede, compitiendo con semejante paridera, la más atroz. Este continuo nacer de niños y el suero oral le están sacando canas” (56). Para el narrador, la explosión demográfica, la composición genética de la nación, el egoísmo, el odio y la envidia que dominan la población, la miseria, el desempleo, la total incompetencia del Estado y sus gobernantes, el desamparo social, educativo y cultural, los abusos de la iglesia como institución, en una palabra, la descomposición total del país, justifican ampliamente esta práctica de aniquilación a nivel nacional. Celebra tal destrucción en la novela con un sarcasmo desgarrador que contrasta con el tono nostálgico asociado con la pérdida del Medellín del recuerdo y la transformación del niño de ayer.

Una mirada a la historia demuestra que los sicarios no están solos en la incorporación de la Virgen al ejercicio de la violencia. En distintas épocas, dirigentes políticos han reconocido en María un símbolo religioso de gran poder que puede contribuir a legitimar su ideología. Para citar sólo algunos de los casos de mayor repercusión en el mundo hispánico en el siglo XX, la España de Franco buscó el amparo de la Virgen de Fátima; los miembros de

la junta militar que gobernó Argentina entre 1976-1982 consagraron la Fuerza Aérea a la Virgen de Loreto, la Marina a Stella Maris, y el Ejército a la Virgen de la Misericordia, solicitando su ayuda en la lucha contra los “subversivos”. Incluso se ha documentado que en campos de concentración argentinos los torturadores se reunían regularmente para rezar bajo imágenes de la Virgen. La Virgen del Carmelo, patrona de las Fuerzas Armadas chilenas, se convirtió en activa aliada de la dictadura de Pinochet. En 1986, la Virgen de Suyapa, capitana espiritual de las fuerzas armadas hondureñas, fue secuestrada por insurgentes. Apariciones de la Virgen en diferentes lugares se han asociado con mensajes en contra del comunismo, en favor de los contras en Nicaragua, o en defensa de Pinochet⁷.

A pesar de su nombre, *Rosario Tijeras* de Franco Ramos prescinde de la figura de María como cono protector para enfocarse en el planteamiento de lo femenino desde una perspectiva transgresora dentro de la sociedad colombiana según lo representa Rosario, la protagonista. Elementos socio-económicos, políticos y culturales propios del contexto colombiano y resonancias míticas confluyen en su caracterización y trayectoria. Aunque su nombre tiene obvias connotaciones católicas dada la asociación del rosario con la devoción mariana, el origen del rosario es muy anterior, circunstancia de relevancia clave para el texto de Franco Ramos. En *The Woman's Dictionary of Symbols and Sacred Objects*, Barbara Walker señala que “An early form of the rosary belonged to the Goddess Kali as her *japamala*, ‘rose chaplet’” (190). Y en *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*, Walker añade que, “Like Kali the Destroyer [Persephone] was the basic Death-goddess from the beginning” (786). Esta dimensión mítica que fusiona el mito griego de Proserpina con el mito hindú de Kali funciona en *Rosario Tijeras* como un correlato metafórico que descontextualiza y amplifica la situación de la mujer en el sicariato para señalar el ascenso de la Madre Terrible en un sistema patriarcal cuyo ejercicio del poder se centra en la destrucción.

El referente inmediato del texto de Franco Ramos es la posición y función de la mujer en Medellín y Colombia durante el auge del narcotráfico, cuando Pablo Escobar y los demás miembros de su cartel (“los duros”) reclutaban a sus colaboradores en las comunas marginadas de la capital antioqueña (década de los 80). El autor comenta en una entrevista que se interesó en el tema del sicariato en conexión con la mujer a raíz de su lectura de una tesis de la Facultad de Psicología de la Universidad de Antioquia que exploraba el tema de la religiosidad y el sicariato⁸: “Allí encontré unos testimonios conmovedores de unas niñas metidas en pandillas de sicarios, y algunas de ellas ya cargaban varias muertes encima. En ese momento creí que ahí había una historia para contar” (*Rabodeají* 2). Los incidentes conocidos de la vida de Rosario son un compendio de las condiciones de pobreza extrema y falta de oportunidades de ascenso cultural y social de las

jóvenes de las comunas. Como es el caso de muchas de ellas, Rosario sufrió el abandono del padre, la indiferencia y ausencia de la madre, el abuso sexual de uno de tantos padrastros además de violaciones de muchachos de las pandillas del área. Como resultado de su temprana victimización, desarrolló una enorme agresividad que la marginó del sistema educativo y de su débil conexión familiar⁹. Al igual que muchas otras, vio en su asociación con los carteles de la droga la oportunidad de usar su cuerpo y experiencias para obtener beneficios económicos inmediatos que le proporcionaran un estilo de vida privilegiado y la sacaran de su situación de desamparo afectivo y social. Franco Ramos agrega al respecto que las sicarias son “mujeres arrolladoras, con personalidades fuertes, que no realizan esta actividad por el dinero sino por rabia, por tratar de vengar su condición o porque uno de sus seres queridos fue asesinado” (Ramírez). Aunque en Rosario confluyen algunas de las funciones desempeñadas por las mujeres dentro de la estructura del sicariato (compañeras sentimentales de otros sicarios, participación directa en las actividades criminales), su belleza, experiencia, valor, rebeldía y espíritu de independencia la ubican en una categoría propia que le vale el temor, el respeto y la admiración de amigos y desconocidos.

Si bien algunos peldaños de este esquema biográfico responden a un patrón predecible emparentado literariamente con la trayectoria del pícaro, los enigmas en la vida de Rosario sientan la base para que su figura adquiera progresivamente una dimensión mítica que ella misma se encarga de cultivar con éxito. Nadie sabe su apellido verdadero e inclusive ella parece desconocer quién era su padre. Los únicos familiares que se mencionan ocasionalmente son su madre (doña Rubi) y su hermano (Johnefe), también sicario (hay otros medio-hermanos de padres sin rastro). Su edad es un misterio:

Otra cosa que nunca supimos fue su edad. Cuando la conocimos, cuando la conoció Emilio, tenía dieciocho, yo la vi por primera vez a los pocos meses, dos o tres, y me dijo que tenía veinte; después le oímos decir que veintidós, que veinticinco, después otra vez que dieciocho, y así se la pasaba cambiando de edad como de ropa, como de amantes... La verdad era que sí aparentaba todos los años que mentía. A veces parecía una niña, mucho menor de lo que solía decir, apenas una adolescente. Otras veces se veía muy mujer, mucho mayor de sus veintitantos, con más experiencia que todos nosotros. Más fatal y más mujer se veía Rosario haciendo el amor. Una vez la vi vieja, decrepita, por los días del trago y el bazuco, pegada de los huesos, seca, cansada como si cargara con todos los años del mundo, encogida (18-19).

Los comentarios que Rosario misma y otros personajes hacen sobre su supuesta inmortalidad — “A mí nadie me mata. Soy mala hierba” (12), “La

creíamos a prueba de balas, inmortal... [con] un chaleco antibalas debajo de la piel.” (13) o “Rosario estaba hecha de otra cosa. Dios no tuvo nada que ver en su creación” (18)— y las historias orales que circulan sobre ella en las que queda difícil distinguir los límites entre la verdad y la ficción (90-1) contribuyen a sustraerla de su entorno ordinario y sirven de puente a su dimensión mítica.

Una de las facetas de esta dimensión mítica se perfila al examinar correspondencias significativas entre el mito de Proserpina y la vida de Rosario. En “Ecofeminist Perspective on the Demeter-Persephone Myth”, Gloria Feman Orenstain se basa en *narke* (*drugged stupor*), la raíz griega común que comparten la flor del narciso cuyo bulbo es venenoso y la palabra *narcótico* para señalar que

Persephone was drugged/poisoned, abducted (bride rape), sacrificed to the god of the underworld, and raped (of course, since all this took place contrary to her will). I also see that the plot to abduct her was hatched by a sky-father god, Zeus, in collaboration with the ruler of the underworld, Hades. Persephone’s amnesias were induced by a drug, and it was the drugged state that facilitated carrying out the violence, the violation, and ultimately the disempowerment of two goddesses, Demeter and Persephone (262).

Al igual que lo ocurrido a Proserpina con Hades, tan pronto como el jefe máximo del narcotráfico vio a Rosario, quiso integrarla a sus dominios, apropiarse de ella. Rosario fue raptada y violada (no sólo una sino varias veces desde los ocho años) por hombres que abusaron de su posición de poder (padrasto, integrantes de pandillas). Como Proserpina también, sus gritos y protestas no fueron escuchados o fueron débilmente registrados (por Hecate en el caso del mito griego y por algunos vecinos de la zona en la novela) sin que nadie acudiera en su ayuda. Igualmente hizo su descenso al inframundo del cartel de Medellín atraída por el “narciso/narcótico” de los beneficios materiales (apartamento y carro lujosos, cuenta bancaria, viajes y oportunidades de ascender socialmente) otorgados por el gran capo del negocio (Pablo Escobar y sus secuaces como los poderosos Zeus/Hades que la involucraron en sus actividades criminales) y se mantuvo “narcotizada” y fue cómplice dentro de ese mundo gracias al atractivo del poder, del dinero y del consumo de drogas, la cerca falsa que construyó al borde de su propio abismo, según Antonio (133). Si Proserpina desaparece en el inframundo durante tres meses del año para regresar llena de vitalidad en la primavera, Rosario también desaparece intempestivamente una y otra vez de su círculo de amigos y conocidos para sumergirse en las actividades del narcotráfico y del sicariato. Cuando regresa, aparece con regalos, “vestida como para una fiesta, más hermosa que todos los días” (72). Tanto Proserpina como Rosario se ven obligadas a regresar periódicamente al inframundo porque

han ingerido productos asociados con este lugar (las semillas de la granada y los beneficios materiales del narcotráfico). Jean Shinoda-Bolen, psicoanalista jungiana, señala en su conferencia *Demeter and Persephone: The Abduction into the Underworld* que en el mito griego, “if you digested anything in the underworld, you have to spend part of the time there”. Este proceso implica psicológicamente la integración de la experiencia, el descubrimiento de algún tipo de poder y la subsecuente transformación interna. Los intentos fallidos de Rosario de permanecer y disfrutar del oasis de cariño y ternura que le brinda Antonio, de quedarse con Emilio y de abandonar su vida criminal responden a su lucha interna entre su entrega a Eros (la llamada *feeling function* en términos jungianos) y su afán de empoderamiento para asegurar su supervivencia y superar las limitaciones de su entorno socio-económico.

La asociación de Rosario con Proserpina como reina del mundo de los muertos evoca conexiones adicionales con la compleja diosa Kali, considerada en India como la más grandiosa expresión de la Madre Terrible. Esta Madre Oscura de la creación, la preservación y la destrucción, que es simultáneamente vientre y tumba, se conoce especialmente en el mundo occidental en su aspecto destructivo como la Madre Tierra hambrienta, devoradora de hombres de los cuales se nutre (*Myths and Secrets* 488). Los rasgos iconográficos que la identifican (el collar/rosario de calaveras que lleva al cuello, la espada que esgrime en su mano, el énfasis en la boca y la lengua, y la sangre) caracterizan también la figura de Rosario en su desempeño como sicaria. Repetidamente a lo largo de la novela y de manera explícita se la identifica con la muerte y la destrucción: “Rosario y muerte eran dos ideas que no se podían separar. No se sabía quién encarnaba a quién pero eran una sola” (113). Su manera de vestir, su “sangre helada” (163), “llena de veneno” (18), su obsesión con la muerte y la intensidad con que se entrega a la guerra entre el Estado y los narcotraficantes evidencian su paradoja de vivir la muerte. Como le ha correspondido explorar el lado oscuro de la vida, sus relatos contrastan con los del narrador en forma tal que Rosario recrea y reinterpreta el mundo según los patrones destructores que vive y ejecuta: “Sus historias no eran fáciles. Las mías parecían cuentos infantiles al lado de las suyas, y si en las mías Caperucita regresaba feliz con su abuelita, en las de ella, la niña se comía al lobo, al cazador y a su abuela, y Blancanieves masacraba a los siete enanos” (35).

En su actividad como sicaria Rosario combina Eros y Thanatos mediante su sincronización de “beso y balazo” (43). El marcado atractivo sexual de Rosario (su hermosura, su color canela, su piel limpia, su manera de vestir provocativa y su forma de actuar, de sonreír y de mirar) invitan al placer y apuntan al aspecto dinámico, transformador de la pasión sexual y de la fertilidad tradicionalmente asociadas con la Gran Madre y las antiguas diosas pero ausentes por completo de la caracterización cristiana de la

Virgen María. Como Kali, Rosario maneja la fuerza de la vida y el poder de la muerte: “Rosario sabía mover sus fichas, conocía a su gente y qué esperar de ellos. Y si alguien le fallaba, sabía que sería recompensado con un beso y castigado con un tiro, a quemarropa, así como le enseñó Ferney [su antiguo novio]” (103). Son tantos los hombres que ha eliminado en esta forma que “sus besos saben a muerto” (106). Implícitamente en la acción de besar y matar Rosario evoca la función de la sacerdotisa (o su equivalente) que en muchas tradiciones antiguas debía inhalar el último aliento del moribundo para asegurar su re-concepción y eventual re-nacimiento, tradición que dio origen a lo que los teólogos llamaron posteriormente el “beso de la muerte” (*Symbols and Sacred Objects* 305)

En este contexto la boca /dientes de Rosario y el cañón del revólver son instrumentos devoradores que remiten a la *vagina dentata*, al acto sexual y a su asociación con “comer” presente en muchas lenguas y culturas (*Symbols and Sacred Objects* 319). El manejo que hace Rosario de instrumentos punzantes —como las tijeras a las que debe su nombre— subraya su función de seductora/castradora. Se familiarizó con ellas dado el oficio de modista de su madre, pero también de doña Rubi aprendió sus múltiples usos, incluyendo amenazar a su esposo. Para vengar su violación, cuando Rosario tenía 13 años hizo creer a su victimario (que no la reconoce) que quería tener relaciones sexuales con él y en sus propias palabras, “en una de esas saqué las tijeras de doña Rubi que yo había metido debajo de la almohada y ¡taque!, le mandé un tijeretazo en todas las güevas” (39). El derramamiento de sangre causado por este ataque y por las múltiples punzadas que le lanzó a continuación provocaron el rompimiento con la madre y crearon la imagen definitiva de Rosario en el barrio como la joven más poderosa y temida, con un coraje muy superior al de sus amigos hombres, Antonio y Emilio incluidos. Este acto violento constituye una especie de re-nacimiento en el que Rosario adquiere una nueva identidad reconocida por la comunidad mediante la sustitución del apellido de la madre por Tijeras, apellido que remite tanto al temor que inspira la diosa Kali como a la amenaza de la *vagina dentata* ya mencionada: “Con el solo nombre asusto—me dijo el día en que la conocí—. Eso me gusta. Y se notaba que le gustaba, porque pronunciaba su nombre vocalizando cada sílaba, y remataba con una sonrisa, como si sus dientes blancos fueran su segundo apellido” (15). La boca/dientes/tijeras de Rosario, al igual que las tijeras de las hilanderas míticas—símbolo ambivalente de la creación y la destrucción, el nacimiento y la muerte—corta(n) el hilo de la vida de los mortales (Cirlot 445).

La boca, rasgo dominante de Rosario, remite también a su desorden alimenticio como lo apunta el narrador en numerosas ocasiones,

Cada vez que Rosario mataba a alguno se engordaba. Se encerraba a comer llena de miedo, no salía en semanas, pedía dulces, postres, se comía todo

lo que se le atravesara. A veces la veían salir, pero al rato llegaba llena de paquetes con comida, no hablaba con nadie, pero todos al verla cómo aumentaba de peso deducían que Rosario se había metido en líos... A eso de los tres o cuatro meses del crimen, dejaba de comer y comenzaba a adelgazar. Guardaba las sudaderas donde escondía sus kilos y volvía a sus bluyines apretados, a sus ombligueras, a sus hombros destapados. Volvía a ser tan hermosa como uno siempre la recuerda (21).

Franco Ramos observa que a través de este patrón de Rosario trató de resaltar su cuerpo como atributo y como maldición: “yo quise que en algunos momentos de mucha angustia, ella deformara el cuerpo comiendo, que engordara porque yo pensaba que ese cuerpo que le había dado tanto, al mismo tiempo le daba dolor y sufrimiento”. Agrega que el exceso de peso implica simbólicamente la necesidad de construirse un caparazón o armadura protectora para impedir que su realidad interna salga a flor de piel y la convierta en blanco fácil de la oposición poder/vulnerabilidad dentro del sicariato (Rekalde, Ordóñez).

Estas observaciones de carácter psico-social sobre la obsesión de Rosario con la comida en épocas de crisis se complementan con los comentarios de Erich Neumann respecto a la relación ritual-contenido psíquico y con las observaciones de Marion Woodman alusivas a su conexión con lo femenino. Para Neumann, la fórmula más arcaica para obtener poder sobre cualquier elemento incluye la ecuación Vida = Poder = Comida dado que comer y devorar, hambre y muerte van irremediamente juntos (27). Contenidos psíquicos (vida, muerte, inmortalidad) se materializan en rituales y aparecen en alimentos: “Inside is projected outside... In reality there is a ‘psychization’ of the object: everything outside us is experienced symbolically, as though saturated with a content which we co-ordinate with the psyche as something psychic or material. This material object outside is then ‘assimilated,’ i.e. eaten” (30). Rosario siente la urgencia de comer (devorar) sólo después de cada asesinato en un proceso que parece mimetizar en un plano cotidiano la acción ritual mítica de engullir/devorar a su víctima. En su exploración de rituales canibalísticos, René Girard señala que no se mata a la víctima para comérsela sino que se la come porque ha sido matada. En términos simbólicos “The eating of sacrificial flesh, whether animal or human, can be seen in the light of mimetic desire as a veritable cannibalism of the human spirit in which the violence of others is ritually devoured” (277). Digerir e integrar la fuerza o amenaza de su oponente para fortalecerse interiormente es una manera de asegurar el éxito en el juego de Rosario con la vida y con la muerte.

Por otro lado, en *Conscious Femininity* la psicoanalista jungiana especialista en lo femenino y en su conexión metafórica con desórdenes alimenticios observa que

eating disorders are related to a problem with the mother. Mother is related to nourishment, cherishing, sweetness—food is a metaphor for mother. So that in any family where there's a person with an eating disorder, if the family cares, they are all going to have to come to face to face with their relationship to the feminine...an eating disorder is a religious problem...It's a longing for the archetypal mother. The sweetness, the acceptance, the mirroring by the missing mother—I mean mother with a big M. It isn't just longing for the personal mother, but a longing for the Mother Goddess, a being in whom you can have total trust (115).

Asocia el fenómeno de *binging* con comerse las emociones que amenazan con hacer que se pierda el control. El peso del alimento ingerido contribuye a mantener a la persona anclada en su propia inconsciencia. Rosario, desamparada y rechazada por doña Rubi el plano personal, dominada por la Madre Terrible en su patrón arquetípico, recurre a la comida como medio de procesar sus emociones y de entrar en contacto con el aspecto consolador que alimenta o nutre lo femenino.

La necesidad de afecto y consuelo que se manifiesta en el ritual alimenticio de Rosario apunta de nuevo al mito de Proserpina dentro del sicariato al subrayar la ausencia de Demeter (Ceres), la diosa madre por excelencia que preside sobre los granos (cereales), las cosechas y la fertilidad de la tierra. Como lo señala Shinoda-Bolen, “Demeter is the maternal archetype. She represents maternal instinct fulfilled through pregnancy or through providing physical, psychological, or spiritual nourishment to others... [She] was the most nurturing of the goddesses” (171). Si bien Rosario reconoce internamente su orfandad emocional, su necesidad de ternura, de demostraciones de afecto y de gestos y palabras que la vinculen con las fuerzas vitales¹⁰, este principio positivo femenino está presente, aunque no articulado todavía en una acción transformadora, en su relación con Antonio (el narrador). Esta relación no sólo conlleva un aprendizaje mutuo sobre la compleja realidad social, cultural y económica colombiana, (Rosario le enseña a su amigo las comunas— “la ciudad de las lucecitas”—territorio desconocido hasta entonces para Antonio) sino que implica un proceso de crecimiento y acercamiento emocional que permite vislumbrar el lado vulnerable y tierno de Rosario en respuesta al cariño y la lealtad de su amigo:

[Emilio] nunca tuvo la paciencia de entender a Rosario. Tal vez porque la tuvo se acostumbró a lo inmediato, pero yo en cambio tenía que imaginarla, estudié cada paso para tenerla cerca, la observé con cuidado para no cometer alguna imprudencia, aprendí que había que ganársela de a poquito, y después de tanto examen silencioso logré entenderla, acercármele como nadie lo había hecho, tenerla a mi manera, pero también entendí que Rosario había partido su entrega en dos: a mí me había tocado su alma y a Emilio su cuerpo. Lo que todavía no he podido saber es a cuál de los dos le fue mejor (55).

En palabras de Franco Ramos: “El amor creo que fue lo que rescató a esta historia y lo que hizo que tuviera tanta acogida...Yo quería mostrar este fenómeno de la violencia a través de los ojos de un enamorado que es un prisma que humaniza y poetiza las cosas” (Recalde, Ordóñez). Aunque la novela carece de intención moralista, plantea la posibilidad de que Eros (*feeling function*), representado por la relación Antonio-Rosario, tenga el potencial de contrarrestar la fuerza de Thanatos (la Madre Terrible/Kali) para activar el principio femenino que sostiene y fortalece la vida (la Buena Madre)

Las figuras femeninas examinadas en *La Virgen de los sicarios y Rosario Tijeras* invitan a ampliar las preguntas inicialmente formuladas respecto a la presencia del arquetipo de la Gran Madre en el mundo contemporáneo y en la sociedad colombiana en particular. ¿Por qué han sido activadas en el imaginario colectivo colombiano María Auxiliadora y Rosario Tijeras en este momento? ¿Qué expresan respecto a la presencia del principio femenino en Colombia? ¿Se trata de un fenómeno aislado o pueden establecerse conexiones con otras comunidades y épocas? ¿A qué factores puede obedecer la expresión de este arquetipo en un periodo histórico determinado?

Las observaciones de Harold Schechter en “Kali on Main Street: The Rise of the Terrible Mother in America” son particularmente esclarecedoras en el proceso de sugerir respuestas tentativas a estos interrogantes. Schechter establece una relación entre el ascenso y el descenso de arquetipos femeninos en el imaginario colectivo de los Estados Unidos y el correspondiente contexto social, cultural, político y económico del país. La Buena Madre salió a la superficie en Estados Unidos como aspecto positivo de la *Magna Mater* asociada con “the full, flowing breast” (251) que nutre, protege, consuela, dulcifica el sufrimiento, da placer y es objeto de todos los deseos a partir de mediados de la década de los 50. Diversos elementos de la cultura popular de la época corroboran su presencia. Entre ellos cabe destacar la obsesión de los americanos por los senos grandes a la Jayne Mansfield, Sheena o Little Annie Fanny (la arquetípica *playmate*); el éxito de la revista *Playboy*, el invento de los *padded bras*, de las inyecciones de silicona y la aparición de los *Mark Eden Bust Developers*. A finales de los sesenta, sin embargo, se dio el descenso de las diosas de los senos grandes (las actrices exitosas de esta nueva etapa fueron Ali MacGraw, Mia Farrow y Candice Bergen, por ejemplo) y el seno fue reemplazado por la boca devoradora según lo evidencian films como *Deep Throat*, la gran popularidad de tabloides y revistas pornográficas que explotan el canibalismo y prácticas sexuales orales, la proliferación de cultos satánicos (Charles Manson) y el interés en el vampirismo en la contra-cultura. Si para Schechter los Beatles fueron el último grupo musical que celebró a la Buena Madre, el enorme éxito de los Rolling Stones corrobora el surgimiento del aspecto destructor

de la Madre en el mundo occidental. En una entrevista concedida en 1971 Keith Richard señala que el logo del grupo—unos labios rojos gruesos con una lengua grande que sale entre ellos— es también el símbolo de Kali: “...we’ve got Rolling Stones records, with the Kali tongue...nobody’s gotten into that yet, but that’s Kali, the Hindu female goddess” (261). En la llamada alta cultura el poema “The Teeth Mother Naked at Last” de Robert Bly marca la llegada de la Madre Terrible al imaginario social.

¿Cómo puede explicarse este cambio de Buena Madre a Madre Terrible en el contexto norteamericano?

One answer, at least, seems clear: the image of the Good Mother-Breast arose and took possession of our fantasies in those years between wars when America was comparatively serene, increasingly affluent, apparently benign; but in the latter years of the sixties, at the height of America’s involvement in Vietnam, when visions of putrefying corpses, napalm-charred children, and disembowelled babies danced in our heads, a new figure, ferocious and terrifying, surfaced in the national psyche and began to supplant the Good Mother in our dreams: she is Kali, the Black One, “the dark, all-devouring...bone wreathed Lady of the place of the skulls” (253).

Las visiones aterradoras que el norteamericano de los sesenta asocia con la guerra de Vietnam tienen su correlato en el enfrentamiento del colombiano de hoy con las imágenes y experiencias de asesinatos, masacres, secuestros y actos de terrorismo perpetrados por los narcotraficantes, los sicarios, el ejército, la guerrilla (tanto las FARC como el ELN), las autodefensas (AUC) y la delincuencia común contra la población civil rural y urbana. Abundantes estadísticas correspondientes a la década de los noventa documentan el fenómeno: en proporción a la población, la tasa de muerte violenta en Colombia es la más alta del mundo, con el narcotráfico y la desintegración del sistema de justicia y de la estructura legal siendo responsables de la mayor parte de los asesinatos; sólo el 10% de los homicidios del país obedece a razones políticas; el asesinato es la mayor causa de muerte para hombres entre 15 y 45 años; la violencia fue responsable de por lo menos 250.000 muertes en esta década (*Global Studies* 74, 180).

En novelas donde “la vida humana no vale nada” (*Virgen* 39), donde Eros ha sido resemantizado en Thanatos¹¹ (“enamorarse” es “querer matar” en el sociolecto del sicario como lo explica Vallejo-narrador), donde la madre ha sido devaluada, deshonrada, traicionada y abandonada en su contexto familiar (las madres de las comunas), donde el aspecto juvenil femenino ha sido violado, abusado, seducido, raptado y sometido a la experiencia oscura del inframundo (Rosario/Proserpina) y donde la devoción maternal se justifica y expresa en términos consumistas en el plano humano y celestial, se apunta a una consistente desvaloración a nivel referencial del principio femenino positivo como afirmación de la vida.

Esta desvaloración del principio femenino representada por la institución del necrotráfico como el profesionalismo y la comercialización de la actividad de matar y por el empoderamiento de la Madre Terrible/Kali en el imaginario social responden al corrosivo desplazamiento de lo femenino a escala nacional. La crisis de los más de dos millones de ciudadanos desplazados por la violencia y en gran medida abandonados por el Estado hace visible la orfandad que vive el país y destaca la urgencia de rescatar para la conciencia colectiva a la Buena Madre que ha sido aterrorizada, comprada, secuestrada, violada, abusada, silenciada como lo corroboran diversos estudios que establecen conexiones entre muerte, erotismo, sexo y guerra¹².

En años recientes, la proliferación de individuos y grupos orientados hacia la activación de las mujeres como agentes de paz y como sujetos políticos señala la conformación de un movimiento reflexivo masivo que ha tomado conciencia de la necesidad de la vida en un país donde los cuerpos balaceados, fragmentados, desangrados, desaparecidos de los habitantes son testimonio metonímico del desintegrado cuerpo de la nación. El éxito de *Las mujeres en la guerra* de Patricia Lara, Premio Planeta de Periodismo en 2000 hace patente la urgencia de un nuevo compromiso colectivo para oponerse al triunfo de la “barbarie sobre la vida, encarnada en las mujeres, los niños y la tierra” (17). Al dar evidencia en diez testimonios de la dolorosa experiencia de la mujer colombiana en el conflicto armado en sus papeles de madre, esposa, hija, amante, desplazada, ex-secuestrada, viuda y guerrillera, Lara hace un llamado a los hombres del país para que abandonen sus ambiciones económicas y políticas destructivas y a las mujeres para que empiecen “a dibujar ...esa Colombia en paz donde podamos ser buenas vecinas. Pero ante todo, donde seamos buenas mamás: por el bien de la vida” (12). Este proyecto de dibujar un nuevo país a nivel colectivo con base en una ética de la no-violencia se empezó a hacer realidad en 1995 mediante el surgimiento de la Ruta Pacífica, organización nacional de mujeres cuya labor centrada en combatir las fuerzas de la exclusión y del exterminio la hizo merecedora del Premio Milenio de la Paz de la ONU en 2001 y de una Mención Especial en Derechos Humanos del gobierno francés en 2004¹³. Tejedoras de la fábrica social, de las redes de solidaridad y de las memorias colectivas intentan reconstruir y dignificar el cuerpo destrozado de la nación para que “women and the feminine have a place in the world” (Colorado). Sin la integración a la vida personal y nacional del principio femenino (presente en hombres y mujeres) representado por la Buena Madre en su dimensión cotidiana y mítica con su capacidad de reconocer, absorber y transformar interna y externamente las fuerzas destructivas es muy posible que Colombia continúe enterrando a sus muertos mientras sigue a la espera del socorro celestial de María Auxiliadora.

NOTAS

- 1 Ver *Revista Gaceta* (Colcultura) 37 (1996): 21-29.
- 2 Dentro del material narrativo asociado con el sicariato es necesario distinguir entre los textos que recopilan testimonios de los sicarios y los textos que recrean su experiencia en el campo literario. Los escritores y críticos que investigan esta última tendencia han sido llamados “amarillistas”, “oportunistas” y “exportadores” de la mala imagen del país por algunos que preferirían no dar a conocer este material en el exterior o que señalan los testimonios de los sicarios como el único material auténtico sobre el tema. El asunto de la representatividad no excluye la validez del sicariato como referente ni los logros de la producción literaria ligada con la compleja realidad colombiana del narcotráfico y el sicariato. En una entrevista sobre la sicaresca antioqueña y los clichés asociados con ella, Franco Ramos afirma: “No, creo que los temas no se gastan, lo que puede cansar un poco es la forma de tratarlos. Creo, por el contrario, que la problemática relacionada con el narcotráfico apenas está comenzando a dar las primeras muestras de manifestación artística. Todavía hay mucho por decir. Todavía, por ejemplo, no se ha escrito la GRAN novela sobre el narcotráfico. Es un mundo lleno de mitos donde hay mucho por esculcar” (*Rabodeají* 2-3).
- 3 La novela de Vallejo ha sido traducida a varios idiomas. Fue llevada al cine en 1999 como coproducción colombo-francesa bajo la dirección de Barbet Schroeder con guión de Fernando Vallejo. Intérpretes: Germán Jaramillo (Fernando Vallejo), Anderson Ballesteros (Alexis) y Juan David Restrepo (Wilmar).
- 4 Esta novela recibió el premio Hammet en 2000, ha sido editada en Latinoamérica y España y cuenta con traducciones al francés, italiano, portugués y griego, entre otras lenguas. En mayo de 2004 finalizó el rodaje de la película correspondiente con la dirección de Emilio Maillé y con la adaptación del guionista argentino Marcelo Figueras. Intérpretes: Flora Martínez (colombiana), Manolo Cardona (colombiano) y Unax Ugalde (español). La canción “Rosario Tijeras” que se incluye en la película es del cantante y compositor colombiano Juanes.
- 5 Además de María Auxiliadora, otras advocaciones—como la Virgen del Carmen—han gozado de popularidad en el sicariato. Otros santos que tenían limitado prestigio religioso—como San Judas Tadeo—también han ganado devotos dentro del grupo de sicarios.
- 6 Agradezco a Alicia Opheim el haber acuñado el neologismo *necrotraficante* para resaltar el aspecto mercantil del negocio del sicariato en conexión con la muerte como su objeto de compra-venta y el narcotráfico como su contexto original.
- 7 En *Under the Heel of Mary*, Perry y Echeverría examinan el militarismo mariano dentro de un marco político y geopolítico, con capítulos dedicados a Argentina, Chile y Nicaragua, entre otros países.
- 8 Según Renato Ravelo, “Un buen día Jorge Franco se encontraba en la biblioteca de la Universidad de Antioquia cuando descubrió en la tesis de su prima Maria Luisa Correa una serie de testimonios de niñas sicarias que habían sido obtenidos como parte del trabajo de Correa en la correccional donde se buscaba la reintegración a la sociedad de las menores”.

9 Franco Ramos subraya la difícil situación familiar de los sicarios desde su infancia: “son niños pero tienen una carga vital de adultos; han tenido que trabajar y conseguirse el dinero desde niños, en las calles, cuidando coches... Se han saltado la niñez. El mismo entorno violento hace que desde niños estén jugando con armas” (Rekalde, Ordóñez).

10 Pablo Montoya resume así los comentarios de Alonso Salazar sobre el sociolecto del sicario: “se evidencia la abundancia de términos que expresan fuerza y traición y escasean los que se refieren a la amistad, el amor o a la vida. Se han identificado más de 37 formas de llamar las armas, 11 que designan armas blancas, 24 para nombrar municiones; hay 42 expresiones o palabras que significan violencia; 73 relacionadas en forma directa con la muerte; 53 expresiones propias para insultar, y sólo 13 para elogiar”.

11 Como comentan los periodistas de “La cultura de la muerte”, “La jerga de la muerte se convierte en lenguaje erótico, porque ya no sólo se mata lo que se odia, sino también lo que se quiere. Matar es una forma de poseer al que de otra manera no se entrega: yo dispongo de su vida, luego soy su dueño. Los objetos ajenos y deseados son fetiches: ‘Cuando vengan por aquí no usen pulseras ni cositas que *enamoren*’, aconseja el guía” (32).

12 Es imposible hacer una lista de todos los que han sido víctimas de la violencia en Colombia en las últimas décadas. Para subrayar el tratamiento de las mujeres en el contexto de la violencia del sicariato y del conflicto armado baste con mencionar el destino de algunas de ellas, ampliamente reconocidas en la esfera pública como Diana Turbay (asesinada), Marina Montoya (asesinada), Consuelo Araújo (asesinada), Maruja Pachón de Villamizar (secuestrada), Piedad Córdoba (secuestrada) e Ingrid Betancourt (secuestrada y todavía en manos de las Farc). Numerosas juezas, abogadas y periodistas han sido secuestradas, asesinadas, amenazadas de muerte o han tenido que buscar asilo político. Y como lo señala Yusmidia Solano, el destino de otras mujeres de perfil menos prominente es igualmente lúgubre dentro de la guerra que se libra a escala nacional: “Las mujeres siguen siendo objeto de la utilización patriarcal en la vida cotidiana—siempre mediada por la predación de cuerpos y vidas—y en guerra tratadas como botín o trofeos de guerra, reales o simbólicos por parte de los actores armados. En el escalonamiento del conflicto, las mujeres son violadas, usadas como objetos sexuales, obligadas a realizar oficios domésticos a las tropas y asesinadas cuando se niegan a los requerimientos sexuales o servicios de cualquier tipo. Las principales víctimas son las mujeres afrocolombianas y las indígenas que viven en las zonas marginales... Se ha recrudecido la esclavitud sexual y doméstica, y con ello se ha perdido la autonomía para definir sobre el propio cuerpo y la vida, regresando a condiciones de sometimiento personal ya superadas por la humanidad”.

13 Diversas organizaciones de mujeres están proponiendo iniciativas de paz para dar fin a la crisis humanitaria que afecta el país. La Ruta Pacífica de las mujeres es representativa de esta tendencia. Ha construido alianzas a nivel nacional e internacional con mujeres de Israel, Palestina, Estados Unidos, Canadá, Italia, España y de la antigua Yugoslavia. Como lo señala Martha Colorado, se han unido al movimiento mundial de mujeres que visten de negro y protestan en silencio contra la guerra. Su agenda incluye reconstruir identidades de género, lograr mayor equidad en las relaciones de hombres y mujeres y apoyar el desarrollo de proyectos que fortalezcan la sociedad civil y la negociación entre los grupos armados y el Estado.

OBRAS CITADAS

- Bly, Robert. *Sleepers Joining Hands*. New York: Harper & Row Publishers, 1973.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Madrid: Ediciones Siruela, 2004.
- Colorado, Martha. "Ruta Pacífica de las mujeres y Mujeres de Negro from Colombia". *Women and Environment* Spring (2003): 38-39 <<http://www.weimag.com>>.
- Duzán, Sylvia. "Los magníficos: 'Si uno no mata, lo matan a uno'". pp. 119-128.
- Duzán, Sylvia, Alonso Salazar e Ignacio Sánchez. "La cultura de la muerte: una nueva generación de colombianos no sabe que es posible morir de viejo". *Semana* febrero 27 (1990): pp. 27-33.
- "Entrevista con Jorge Franco Ramos". <<http://www.rabodeaji.com/No-2/entrevista/main.htm>>.
- Escobar Meza, Augusto. "La violencia, ¿generadora de una tradición literaria?" *Revista Gaceta* (Colcultura) 37 (1996): pp. 21-29.
- Franco Ramos, Jorge. *Rosario Tijeras*. Santafé de Bogotá: Plaza & Janés, 1999.
- Girard, René. *Violence and the Sacred*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1989.
- Gómez, Augusto J. "Los pájaros, los sicarios y los paramilitares: ¿los grupos de justicia privada o la privatización de la violencia oficial?" *UNIVERSITAS Humanistica* 40 (1994): pp. 94-105.
- Goodwin, Paul B. *Global Studies: Latin America*. Tenth edition. Guilford: McGraw-Hill/Dushkin, 2003.
- Henríquez, Leticia. *Imperio y ocaso del Sagrado Corazón en Colombia: un estudio histórico- simbólico*. Bogotá: Editorial Altamir, 1996.
- Jung, Carl. *The Archetypes and the Collective Unconscious*. R.F.C. Hull, traductor. Décima edición. New York: Princeton University Press, 1990.
- Lara, Patricia. *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2000.
- Montoya, Pablo. "La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana".
- "Movimiento mujeres contra la guerra". *Boletín Ruta Pacífica de las Mujeres* Noviembre 2003 <http://www.rutapacifica.org.co/nuevo_sitio/mov_mujeres_guerra.htm>.
- Mujica Pinilla, Ramón. *Ángeles apócrifos en la América Virreinal*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Neumann, Erich. *The Origins and History of Consciousness*. R.F.C. Hull, traductor. Undécima edición. Princeton: Princeton University Press, 1993.

Orenstein Feman, Gloria. "An Ecofeminist Perspective on the Demeter-Persephone Myth" en *The Long Journey Home*, Christine Downing, ed. Boston & London: Shambhala, 1994: pp. 262-270.

"Piadosos despiadados". *Hoy x Hoy* 273 (1991): p. 14.

Perry, Nicholas y Loreto Echeverría. *Under the Heel of Mary*. London: Routledge, 1988.

Ramírez, Socorro. "Rosario Tijeras, una mujer sicaria". *Fempres*.

Ravelo, Renato. "Rosario Tijeras, novela del narrador acerca del sicariato en Medellín, Colombia" <<http://www.nuclecu.unam.mx>>.

Rekalde, Karmele y Carlos Ordóñez Ferrer. "Semana Negra de Gijón. Jorge Franco Ramos (Colombia). Autor de *Rosario Tijeras*, historia de una sicaria". <<http://www.hika.net/zenb137/H13740.htm>>.

Salazar, Alonso y Ana María Jaramillo. *Las subculturas del narcotráfico*. Santafé de Bogotá: Cinep, 1996.

Schechter, Harold. "Kali on Main Street: The Rise of the Terrible Mother in America". *Journal of Popular Culture* 7 (1973): pp. 251-263.

Shinoda Bolen, Jean. *Goddesses in Everywoman: A New Psychology of Woman*. New York: Harper & Row, 1984.

———. *Demeter & Persephone: The Abduction into the Underworld*. Audiocassette. Boulder: Sounds True Recordings, 1992.

Solano, Yusmidia. "Guerra y mujer: una relación excluyente". *UN Periódico* 63, septiembre de 2004 <<http://unperiodico.unal.edu.co/ediciones/63/02.htm>>.

Universidad Nacional. "Colombia, un país por construir". *UN Periódico*, 12 julio 9 de 2000, pp. 11-13.

Vallejo, Fernando. *La Virgen de los Sicarios*. Santafé de Bogotá: Alfaguara, 1994.

Walker, Barbara. *The Woman's Dictionary of Symbols and Sacred Objects*. San Francisco: Harper & Row, 1988.

———. *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983.

Warner, María. *Alone of All her Sex: The Myth and the Cult of the Virgin Mary*. New York: Vintage Books, 1976.

Woodman, Marion. *Conscious Femininity: Interviews with Marion Woodman*. Toronto: Inner City Books, 1993.

Woodman, Marion y Elinor Dickson. *Dancing in the Flames: The Dark Goddess in the Transformation of Consciousness*. Boston & London: Shambhala, 1997.